

EL CREADOR CENTRO-AMERICANO EN EL FIN DE LA HISTORIA †

UN PUNTO DE VISTA UNIVERSITARIO

Alfonso Chase

1. **¿UN NUEVO** encuentro de escritores? Sí, y en un momento decisivo para la cultura centroamericana. No solo de escritores; de creadores. Hombres y mujeres que vencen a la muerte para seguir existiendo. Sobrevivientes algunos. Plenos de energía vital otros. Mudos y expectantes. Pero vivos ante la historia. Es el planteamiento central para poder entender cualquier reunión de creadores que se aboque a la creación de un organismo regional que los agrupe, los una, los testifique en el diálogo, en la vocación, indeclinable, de seguir siendo la voz plena de sus pueblos.

Lo primero del encuentro: esa necesidad de afirmar una vocación planetaria que nos una y nos diversifique, en la identidad personal. Nada del rebaño de voces cantando el coro. Necesidad de la pequeña voz individual que refleja a los que no tienen voz, o no quieren ejercerla, o la usan en sordina, para decirse, a sí mismos, lo que los otros esperan sea dicho en voz alta. Como por ejemplo: integración de pueblos, unidad de voluntades, búsqueda de una cultura común, con pleno derecho a la diversidad, para ser antes que parecer.

Lo complementario, pero esencial del diálogo: la igualdad jerárquica de la expresión. El respeto por las ideas, ajenas en su voluntad, propias en su expresión, plenas en la intención

† Ponencia presentada en el I Congreso de Escritores Centroamericanos celebrada en Guatemala en marzo 1990.

de reflejar una opinión, hecha de muchas voces, pero enmarcada en la intención de exigencia ética, responsabilidad creativa y compromiso social. Una voz que tenga la necesidad de expresión y no la retórica adobada de lo convencional, o el exabrupto que rechaza la opinión ajena. Somos escritores, legisladores de la palabra algunas veces, políticos siempre, aunque solo ocupemos la curul, circunstancial, de ejercer el derecho a decir lo que pensamos.

2. El creador centroamericano, como expresión de una cultura que se vive y siente. La herencia ancestral del legado mesoamericano: maya-quiché, chorotega, brunca y la unidad de lo adquirido: la herencia hispánica, indivisible, aunada a todas las otras herencias llegadas a nuestra tierra. Porque somos un conjunto de aspiraciones, y no solo una etnia expresada en una sola voz. La cultura centroamericana como realidad viva, en la dimensión unilineal del conjunto de pueblos, de naciones que conforman un todo, desde Chiapas hasta Bocas del Toro. La unidad de la América del Sabio Valle, por ejemplo, con los devaneos universales de Rubén Darío, y la inserción de la vanguardia, europea y norteamericana, en la obras de Asturias, de Yolanda Oreamuno, de Pablo Antonio Cuadra, de Ernesto Cardenal, de Rogelio Sinán, de Hugo Lindo, de Oscar Acosta, por citar puntos de convergencia. La cultura centroamericana, no en proceso de creación, sino de **afirmación**. La Gran Voz expresada a través de la prosa, la poesía, el ensayo, el texto sobre el texto, el teatro precolombino superpuesto sobre el surrealismo propio de la tierra caliente.

El fin de la historia, de ellos, y el principio de la nuestra. Que es propia y clara, oscura y definitiva, sensitiva y ruda, como que proviene del alma, del espíritu real de estas tierras múltiples, donde la mariposa coexiste con el tigre y la piedra con el rocío.

El fin de la historia, como ejercicio académico, para que nos dejen el margen de

hacer la nuestra: hacia el futuro y en la lucha de todos los contrastes. No una historia lineal, sino una historia quebrada de absolutos, donde lo cierto resplandee en medio de la noche, y la no verdad, no necesariamente la mentira, sea parte de la fantasía, de la libertad de ser y crear, hacia el futuro, con todo el tesoro de la adquirida cultura, planetaria y natural, pero parte de un legado necesario para ser lo que somos y aspirar a convertirnos en lo que debemos ser.

3. Pero también la muerte de la historia. No el fin, pero sí la destrucción de los mitos. La idea de la insularidad agradable, signada por valles y montañas, rechazada al igual que el nacionalismo de gran estado, dirimiendo los asuntos de los otros desde la hipotética capital de las ideas. Una historia muerta por su propia voluntad, al pretender ser escrita por los escribanos y no por los escritores. Una historia arrinconada en mentiras, en desequilibrios, en textos que no reflejan lo que ocurre, sino lo que ha sido definido en cóclaves en los que no participamos. Una historia escrita por los muertos y también por los sobrevivientes, porque la mano que estuvo dirige la mano que sigue escribiendo. En el fin de esa historia, global y heredada de una historia en que solo participamos de soslayo, estamos nosotros. Para cumplir nuestra voluntad integradora, que no supone la unidad tal como la han concebido. Quizás unidad en la diversidad. O más bien: lectura real de los textos como una pregunta y no como una respuesta a lo que preguntamos. Saber que el pueblo escribe la historia, la suya y la de todos, y nosotros buscamos reflejar trazos de la misma, para rescatarla en su verdad relativa. Ese fin de la historia no es más que la contracción, sincopada, de un nuevo alumbramiento: la voluntad de ser planetarios antes que balcanizados, propios y elementales en la búsqueda, a profundidad, de las raíces de nuestra propia historia, no en la sectorización de los textos escolares, sino en la verdad esencial de una historia motriz, y no de un

hombre engranaje.

Pero esta concepción produce miedo, asombro y expectativa en nuestros creadores, en sus cuarteles de invierno. En sus cómodos sillones, en sus elegantes butacas académicas, elucubrando decirs y proclamas, y no escribiendo la verdad de sus textos. Una historia cíclica que se termina para dar paso a otra. La humildad consiste en reconocer en todo el proceso el mismo sentido de la historia, antes que fragmentos de un devenir. El escritor centroamericano, entonces, debe abrirse al frastrueque de todos los valores y todas las ideologías, que se han quebrado, para siempre, en esta década. Una ruptura que nos permite entender el desarrollo del pensamiento como un todo, en verdades específicas, pero sujeto al empuje de la historia y la desmembración de las ideas. Pero el miedo solo es una consecuencia del quedarse solo, rumiando el pasado, sin otra alternativa para el porvenir, en donde todos los problemas esenciales del hombre y la mujer no han sido resueltos, desde el momento íntimo de la creación, hasta el instante en que el rayo láser explora las nuevas voluntades del cuerpo en dos segundos exactos.

El fin de la historia política, como ejercicio retórico, para darnos cuenta de que todo lo creado por el hombre es finito y esencial. La caída de todos los dogmas: desde el comunismo eclesial, hasta el neoliberalismo salvaje, en la voluntad de no haber resuelto los intereses fundamentales del ser humano. **Ese Ser para los Otros**, como voluntad indeclinable de existencia partiendo del ser íntimo, solitario, terrible, creador, solidario con su propia desgracia, que da paso al ser solo una caña pensante, en la disolución de todas las ideologías.

4. En Centroamérica el problema se elude, se manifiesta, se diluye en la visión de ver hacia los lados para no mirar de frente. Y la mirada siempre nos enfrenta al espacio civil de la voluntad ciudadana, en la búsqueda perpetua de

crear para definir, luchar para construir, hablar para decir. ¿Y qué debe decirse? Claro y sencillo en todos los países de la Mesoamérica abierta: sí, el fin de la historia. La historia del caudillaje, del militarismo como opresión y disfrute de bienes gananciales, del partido político como prebenda y disfrute de los más vivos, por sobre la mansedumbre de los oprimidos. Del uso del pedestal para dar sostén a los ídolos ociosos que se levantan hacia el aire, al no poder fijar sus ojos en el cielo. Una conciencia nacional que abroge el sentido de la xenofobia y el racismo, como obstáculos al cambio. Búsqueda de una realidad, conjunta, que nos permita percibir a Centroamérica como un todo y no como una tierra baldía, sujeta a compra y venta por parte de los extranjeros o sus testaferros criollos.

Una voluntad plural de insertar, y comprender, al Sabio Valle junto a Morazán y a Juanito Mora, en la claridad de los lenguajes políticos. Una integración de las ideas que trace caminos, y vectores, entre el pensamiento de Sandino, Arévalo, Figueres, Torrijos, como exactas propuestas de buscar y definir una concepción pedagógica de la práctica política, enmarcada en el desarrollo de las ideas en nuestras tierras.

Buscar el asombro del chispazo poético en Roque Dalton, Eunice Odio, Otto René Castillo, Bertalicia Peralta, Leonel Rugama, por ejemplo, para definir una voluntad global de integrar, antes que deslindar en la diversidad de la unidad.

5. Y educar, educar. Para comprender el fin de la historia, de ellos, y el principio de la nuestra. Hacer que los escritores asuman el pedio para hablar de lo que los políticos callan. Dar forma, en los que asumen funciones públicas, al sentido de la palabra como compromiso con el pueblo, y no como retórica recolectora de votos. Rechazar el pillaje, la piñata, el desfalco, el robo de las ideas y el

tesoro público, mediante la propia estimación por el lenguaje. Una palabra es una palabra: expresión de vida, de compromiso, de solidaridad, de entrega al lenguaje común, ese que nunca se termina con el fin y el principio de la historia. Y educar contra el temor. Contra el miedo. Contra el silencio. A favor de la vida y de todos los lenguajes, abiertos hacia todas las historias, las íntimas y colectivas, básicas en el individuo. La plural historia de nuestros pueblos, en múltiples lenguajes y voces, **la historia real contra la historia fingida**. La historia de la Historia, antes que la historia escrita en cuartos sellados.

Y recuperar la utopía de estar y seguir adelante a cada instante. Unidos y agrupados, solos y acompañados. Pero siempre solidarios del hombre y la mujer de nuestra tierra, en la relación desigual de los sexos, de las economías, de los hechos políticos, de las fronteras y de las ideologías.

Que el reunirnos sirva para comprendernos. Para sabernos iguales, pero diferentes. Que por nuestra voz hable la voz indígena y el espíritu hispánico, la herencia europea y la riqueza del aporte norteamericano, en la pluralidad de nuestros lenguajes mestizos.

6. Y escribir con dignidad moral. Buscando reflejar nuestra propia historia, modesta y relativa, y la historia de los otros, concatenada y libre hacia la Historia. Recuperar la palabra. Sacarla del estercolero y dejarla sucia, pero saberla viva como el proceso alquímico que define su importancia, material regio para la creación.

El deber más importante del escritor centroamericano, es romper el cerco de nuestra propia capacidad para valorarlos, con autoestima, y con auto-crítica nacida del valor integrador del lenguaje, como lazo político entre el verbo y la creación.

Romper el cerco de la historia para hacernos



parte de ella. Nosotros la hacemos, y la percibimos, con razones que escapan de los mecanismos reductores de una educación para la muerte y el acomodo. Imperativo o moral ese coexistir, todos, en la variedad de nuestro pensamiento. Como hermanos, cada uno en su casa, pero en la de todos por el mecanismo maravilloso de ubicarnos en la razón, histórica, de integrarnos. No unirnos en la unidad frágil de las declaraciones y las proclamas. Porque para vencernos, humiliarnos, desintegrarnos, nos pusieron a pelear entre nosotros las rancias oligarquías, las ciudades aldeas, el enemigo externo, y el ser Cain y Abel en un mismo cuerpo, desmembrado en situaciones y nunca en voluntades.

Deconstruir la historia de su valor logocéntrico. Atisbar la realidad desde el punto más alto de nuestra cultura. Ese Tikal espiritual que llevamos todos en la mente, como un faro que habrá de iluminar el futuro. Que es nuestro cuando por la voluntad de crear, escribir, pintar, esculpir, descubrimos el rostro asombrado de los dioses, que son parte de ese Dios total que nos contiene y nos explica un origen común en todas las cosmogonías milenarias.

De esta perspectiva comunitaria, planetaria, ecuménica, decir sí a la vida, a la justicia social, a la igualdad real entre hombres y mujeres, a la economía con rostro humano y no con resultados estadísticos. Y también decir no al privilegio, a la censura y a la autocensura, a la mentira y al pillaje político, sea en el espacio político y/o en el militar. Afirmar la escritura como **privilegio de supervivencia**, en la unidad de lo diverso, en la integración, necesaria, para sobrevivir como conjunto de pueblos, unidos pero cada uno con el perfil propio de su propia existencia.

Así ve un escritor universitario costarricense la voluntad de integración. Comparto lo que tengo y participo de lo que los demás me ofrecen. Fijo mi mirada en las

estelas, pero también en la inmutable verdad de las estrellas.

Afirmo la voluntad universal de la universidad como conjunto de ideas, pero las sacó a la calle, a los mercados, a las plazas públicas, a los foros, al parlamento y a la verdad, inmutable, de la conciencia colectiva.

En la utopía de lo cotidiano, en el milagro de ser un sobreviviente, en la voluntad de abrir la palabra, afirmo mi fe en la integración, plena y libre, como única posibilidad de unidad mental. En el nacimiento de una nueva conciencia hecha por los políticos y los creadores, cuando sobre ellos desciende el espíritu de un advenimiento, que no es otra cosa que su propia voz, unida a la de los otros, para tocar con el lenguaje la placidez tangible de la lluvia y el cielo.